

RITA GOMBROWICZ

**GOMBROWICZ EN
ARGENTINA**

PRESENTACION

En 1966 Gombrowicz escribía en su *Diario*: “Lo que es cierto, en todo caso, es que allá abajo, del otro lado del océano, hasta el recuerdo que he dejado está a punto de descomponerse, de morir”. Me comunicó muchas veces, después de eso, idéntica pena. Con cierta aprensión visité la Argentina por primera vez en abril de 1973. Gombrowicz había dejado el país hacía ya diez años. ¿Qué encontraría de su pasado? Apenas llegué, me di cuenta de que sus lamentos y mis temores eran injustificados. Su recuerdo no estaba descompuesto ni muerto, sino adormecido, y sólo pedía que lo despertasen.

Me encontré primero con los que habían sido sus amigos más recientes, que a su vez alertaron a otros amigos. Poco a poco se formaron grupos: sus discípulos de Tandil, sus compañeros de La Fragata y del Rex, sus compatriotas polacos, los traductores de *Ferdydurke*. Esos grupos se ampliaron llevándome a ramificaciones todavía más lejanas de su pasado. Así, un día me encontré en casa de Chinchina Capdevilla, rodeada de “jóvenes”, que habían asistido a sus charlas de 1940 y, otro día, con Jeremi Stempowski que me relató la llegada de Gombrowicz a Buenos Aires en 1939. Estas entrevistas habrían podido ser un espantoso desfile de fantasmas. Sin embargo, nadie cayó en las trampas de ese tipo de reuniones: nostalgia, piedad por uno mismo, lugares comunes sobre cómo pasa el tiempo. Por el contrario, la impresión que tuve durante los meses que pasé en la Argentina fue la de participar de una alegre fiesta regida por códigos muy precisos, que eran los del propio Gombrowicz. Siempre encontraba, con mayor o menor intensidad, las huellas de su estilo, de su “forma”, que había impuesto con “toda la fuerza de su alma” durante sus veinticuatro años de exilio. Y me sorprendió otra cosa: sus amigos no se sirvieron de él para darse importancia; no le dieron más importancia de la que tenía, aunque tampoco menos. Simplemente lo hacían revivir con sus juegos, sus manías, sus excentricidades, conservando su dimensión humana. Los diez años de ausencia –la trayectoria hasta su muerte y la fama en Europa– no habían modificado en nada la imagen del hombre al que habían conocido y querido.

Dejé la Argentina dispuesta a recoger lo que podía ser salvado de aquellos recuerdos tan bien preservados. Cosa que hice, en el curso de seis meses, durante mi segunda visita en 1978-79. Si bien es imposible recrear a Gombrowicz tal como fue realmente, al menos este libro es un intento en el que los testimonios han permitido recuperar en parte el tono de las conversaciones, las imitaciones en que Gombrowicz estaba presente, a veces hasta el malestar. Y tal vez él mismo se sentiría libre en medio de esas pequeñas “fachas” que cada testigo le atribuye, antes de quedar congelado en la “facha” definitiva de una biografía

Rita Gombrowicz
1983

Esta nueva edición, puesta al día, incluye las cartas de Witold Gombrowicz al filósofo Martín Buber, así como el testimonio de Roland Martin, que hizo la primera traducción francesa de Ferdydurke, en colaboración con el autor. Basada en la versión argentina de 1947 (Editorial Argos, Buenos Aires) fue publicada con el seudónimo de “Brone”, por Ediciones Julliard, Colección Les Lettres Nouvelles, en París en 1958.

R. G.
Septiembre 2004

La guerra 1939 – 1945

LEGÓ UNA NUEVA NAVE DE BANDERA POLACA: EL CHROBRY.

Conduce a un calificado grupo de figuras de esa nacionalidad y turistas

Luciendo un vistoso empavesado, y a los acordes de los himnos nacional y polaco, tendió sus amarras ayer a las 11, aproximadamente, en el desembarcadero de la Dársena Norte, la flamante motonave Chrobry, de la Gdynia America Line, poniendo término a su viaje inaugural.

[...]

Entre los viajeros que llegaron en el Chrobry se encontraba el Sr. Ladislao Mazurkiewicz, ex enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Polonia en Buenos Aires y su esposa, Da. Nieves Ramos Montero; el senador Jan Remblelinski; los escritores Bohdan Pawlowicz; Witold Gombrowicz y Czeslaw Strazewicz; el oficial de prensa D. L. Kollupallo; el doctor Ernesto Lebreton y su esposa, quienes regresan de Río de Janeiro; D. J. J. Taleb, un grupo de turistas, y otras personas.

[...]

Witol [sic] Gombrowicz es un humorista moderno, de vasta cultura. Acaba de tener un éxito de resonancia con un folleto titulado “Ferdydurke”.

En puridad de verdad, la conversación que mantuvimos con estos tres hombres de letras versó sobre el tema de angustiosa actualidad. Había avidez por obtener noticias sobre la situación europea, y si bien es cierto que ninguno de los tres cree en la inminencia de una guerra, no desechan la idea de que esta estalle en la primavera próxima.”

Artículo aparecido en ocasión del arribo del Chrobry al puerto de Buenos Aires. La Nación, 21 de agosto de 1939.

Jeremy Stempowski

“Arribamos a Buenos Aires el 22 de agosto (el 2 es mi número) de 1939 (cuya suma es también 22), luego de una travesía de tres semanas. La situación internacional parecía distenderse. Pero al día siguiente de nuestra llegada, los telegramas de Moscú y Berlín anunciaban el pacto de no agresión entre Alemania y Rusia y cayeron sobre el mundo como un cañonazo. ¡Era la guerra! Una semana después, las primeras bombas alemanas caían sobre Varsovia.

De modo que estaba en el barco con mi compañero Straszewicz. Ante la noticia de la declaración de guerra, el capitán decidió regresar a Inglaterra (no era cuestión de volver a Polonia). Straszewicz y yo celebramos un consejo de guerra. Él optó por Inglaterra. Yo me quedé en Argentina.”

Witold Gombrowicz, *Testamento*.

Nacido en Polonia en 1900, Jeremi Stempowski fue nombrado primer secretario de la embajada de Polonia en Buenos Aires en 1925. En 1939 se convirtió en director de G.A.L. (Gydnia America Line), compañía marítima por medio de la cual el Chrobry trajo a W.G. a la Argentina. Stempowski fundó y dirigió la biblioteca polaca de Buenos Aires, y presidió durante muchos años el Club polaco, centro de actividades culturales para los emigrados. Murió en Buenos Aires en 1983.

“Me anunciaron la llegada de un nuevo buque, el *Chrobry*, que inauguraba la travesía entre Gdynia y Buenos Aires. Un gran barco blanco arribó al puerto, donde permanecería dos o tres semanas antes de regresar a Polonia. Me pidieron que lo recibiera con toda la pompa posible. Organicé una decena de recepciones en el barco y en Buenos Aires, a una de las cuales asistió el presidente de la República Argentina. Todo el cuerpo diplomático estaba presente, Hubo cócteles, partidas de bridge, té, fiestas mundanas. Me presentaron a Straszewicz¹ y a Gombrowicz como corresponsales de un periódico polaco. Witold callejeó mucho por Buenos Aires. Sentía curiosidad por la ciudad. Paseó por la calle Florida, igual que en *Trans-Atlántico*.

Cuatro días antes de declararse la guerra, el barco recibió orden de partir. Witold estaba muy nervioso. Dudaba entre volver a Polonia o bien permanecer en Argentina a la espera del fin de las hostilidades. Yo no sabía qué aconsejarle. Aquí, en Buenos Aires, no se sabía nada de la verdadera situación. Entonces acompañé a Witold al puerto. Hizo que le subieran el equipaje, se despidió y embarcó. Yo me quedé en el muelle. Diez minutos más tarde sonó la sirena anunciando la partida y vi que Witold cruzaba la pasarela con sus dos valijas y bajaba rápidamente al muelle. Eran los últimos momentos de tomar una decisión, y lo hizo. Temblaba al decir: “No puedo”. Añadió que se trataba del momento más trágico de su vida.

El barco zarpó. Lo invité a que se sentara. Hablamos, traté de calmarlo. Después lo llevé en el coche de la compañía a una pequeña pensión muy limpia y con buena cocina pero no demasiado cara, en la calle Rivadavia, en el centro. Witold tenía poco dinero. Una vez instalado, traté de ayudarlo, de llenar

su vida, de presentarle a argentinos, a artistas o escritores como Manuel Gálvez y Arturo Capdevila. También me ocupé de sus ingresos, pidiendo el apoyo del acaudalado Furstemberg, que era director de una compañía de exportaciones. Gracias a él, Witold recibió, tiempo después, una pequeña pensión de la embajada polaca. Se trataba de una representación del gobierno de Polonia, pero del régimen de antes de la guerra, cuya sede se encontraba en Londres y había sido reconocido por Argentina. El dinero procedía del tesoro polaco que había sido llevado a Inglaterra.

Se le ha reprochado a Witold no haber participado en la guerra. Pero debo decir que desde el punto de vista legal todo estaba en orden. Apenas zarpó el *Chrobry* se presentó en la embajada, al igual que en diciembre de 1941 cuando aquí se movilizó a toda la juventud para ir a Inglaterra. Pero moralmente sufría debido a su situación. Cada vez que nos veíamos discutíamos sobre la guerra. Comprendimos que Polonia estaba liquidada, que todo se había terminado. ¿Dónde está nuestra patria? –nos preguntábamos–. Witold estaba desesperado pero no lo demostraba.”

Buenos Aires, diciembre de 1978

¹ Czesław Straszewicz (1915-1962), novelista polaco.

Chinchina Capdevila

“Los Capdevila tenían una hija, Chinchina, de veinte años. No tardaron en presentarme a Chinchina y a su grupo de amigas. Imagínese, en mitad de este año mortal de 1940, a un Gombrowicz flirteando con esas chicas que me hacían visitar los museos, con las que íbamos a comer pasteles, a las que les daba charlas... Sí, la enorme mesa del comedor de los Capdevila con doce chicas sentadas alrededor, y yo –¡vaya situación!– en plan de iniciarlas en los problemas del amor europeo...”

Witold Gombrowicz, *Diario*.

Su padre, Arturo Capdevila, nació en Córdoba en 1889. Poeta, autor dramático, narrador, escribió incansablemente sobre temas históricos, literarios y científicos. Es uno de los escritores más prolíficos de las letras argentinas. Colmado de honores y títulos, acogía en su casa a artistas y escritores. Murió en Buenos Aires en 1967. Chinchina siguió viviendo en la casa de Palermo, donde Gombrowicz había dado sus charlas.

“Fue idea de Witold dar esas charlas. Nos pusimos de acuerdo para reunir a diez de mis amigas que entendían bastante bien el francés, ya que Witold todavía no hablaba español. En suma, tenía un problema económico y yo lo debía ayudar a resolverlo. Era yo quien reunía el dinero y se lo entregaba en secreto.

Esas charlas debían ser clases auténticas como en el colegio. Mis amigas y yo queríamos oír hablar de los autores conocidos de París, pero Witold se mostraba muy despreciativo respecto de los escritores europeos. Demolía sistemáticamente a autores que nos gustaban, como Huxley o Duhamel. “¡Esos no son escritores!”. Destrozaba todo lo que me entusiasmaba, y eso me desesperaba. Su tema favorito era “El estilo de la mujer argentina”. Esta debía conquistar, según él, su propio estilo, como habían hecho las mujeres europeas. Comparaba las diferentes formas de ser de las inglesas, francesas, etc., con la de las argentinas. Eso duró más o menos un mes, una vez por semana. Mi padre se divertía mucho con esas reuniones pero lamentaba no poder asistir a causa de su trabajo.

Mi padre quería introducirlo en los medios culturales pero Witold daba la impresión de ser un *muchacho*. Su aire adolescente le parecía una fantasía de la naturaleza y probablemente fuera esto lo que falseaba sus relaciones. Además, Witold era muy tímido y nervioso. Era un individualista, una personalidad inclasificable. Pero mi padre era abierto y comprensivo, y de todos modos se ocupó de él. Lo recomendó a algunas revistas, como *Aquí Está*, donde escribió algunos artículos.

Recuerdo que Witold estaba siempre vestido de gris y usaba sombrero. Tenía un sobretodo largo hasta los tobillos. Para nosotros era extraño, pero no ridículo. Era un sobretodo con una pelerina deshilachada pero que lo abrigaba. Terminó por tirarlo. Me acuerdo de su impermeable todo sucio. Witold decía que un impermeable, para ser distinguido, debía estar muy usado.”

Buenos Aires, febrero 1979